

ZOZIMO DE CILICIA, JUAN DE SAPSAS, JUAN DE  
CHOZEBA Y ZOZIMO DE SINDEN<sup>1</sup>

El nombre de Zozimo fué común á muchos solitarios de Palestina y de los países comarcanos, lo que es causa de que pueda confundírseles. En otro lugar hemos hablado del abad Zozimo, que tuvo la dicha de vivir en el desierto de santa Maria Egipcíaca. San Doroteo cita más de una vez en sus instrucciones á un abad Zozimo, que indudablemente vivía en un monasterio de Palestina, y que puede muy bién ser Zozimo el Ciliciano, abad del monasterio de Firmino. Lo conoció particularmente; pero es mucho más moderno que el Zozimo que dió á conocer en la Iglesia á santa Maria Egipcíaca.

Preciso es que el abad Zozimo gozase de gran consideración en la Palestina, y que gobernase una comunidad muy numerosa y observante, puesto que, hablando san Doroteo de un religioso que, por espíritu de orgullo, despreciaba á sus hermanos, refiere que decía, que sólomente el abad Zozimo y los que con él moraban merecian ser estimados y escuchados.

El mismo san Doroteo consigna muchas sentencias de este santo abad. Entre otras, decía, que el que se turba y se deja llevar de movimientos de colera es semejante al hombre que arroja leña al fuego, alimentando de esta manera su llama devoradora: que en donde quiera que hay caridad, compasión y humildad, no puede haber cólera,

<sup>1</sup> Véase á san Doroteo, Vit. PP. al monje Cirilo, á Juan Mosch y á Evagrio.

ni recuerdo de las injurias, ni ninguna otra pasión. Decía también que los religiosos no deben cobrar afecto á los muebles de que se sirven, ni á las obras que hacen, para que no les sirva de recompensa el placer que en ello experimentan, y no pierdan el céntuplo que les ha prometido Jesucristo en el Evangelio.

Era el abad Zozimo extremadamente humilde. Refiere á este propósito san Doroteo, que, hablando un día de esta virtud, le dijo un sofista: ¿ como os podeis considerar pecador? ¿ no veis que estais lleno de virtudes, y que sois un santo? ¿ no cumplís fielmente los mandamientos del Señor? ¿ cómo, pues, os considerais como un pecador? No sabiendo que contestarle el abad Zozimo, le dijo sencillamente: No sé que deciros, pero sé que soy lo que digo. Insistió el sofista, queriendo saber como podian conciliarse extremos tan opuestos, y no pudiendo explicarse Zozimo, le replicó con su habitual sencillez: « No me embaraceis con vuestras sutilezas: os repito que creo ser lo que soy. » San Doroteo, que se hallaba presente, viendo que el santo anciano no podia eludir las sutilezas del sofista, le respondió, que sucedia con la humildad lo mismo que con la dialéctica y la medicina: pues así como en estas ciencias, cuando la práctica se une á la teoría, se adquiere poco á poco, y sin saber como, el hábito, acaece lo mismo con la humildad. Es ésta una virtud que se adquiere con la observancia de los mandamientos divinos; pero que no puede explicarse con la palabra. Al oír Zozimo esta explicación, abrazó con gozo á Doroteo, y le dijo: « Habis encontrado el nudo de la dificultad: la cosa es efectivamente como decís. » El abad Zozimo murió ántes que san Doroteo.

Hay dos Zozimos Cilicianos: el uno solitario de Sina, y del cual hemos hablado en el lugar correspondiente, y el otro abad del monasterio de Firmino. No conocemos á este segundo más que por el relato que el abad Sabbathio hizo

á Juan Mosch de la muerte de un ladrón que se convirtió é hizo religioso en el monasterio de san Doroteo por eonsejo de este abad Zozimo. Refiere el abad Sabbathio, dice Juan Mosch, que cuando él estaba en el monasterio de Firmino vino un ladrón á buscar al abad Zozimo Ciliciano y le pidió en nombre del Señor que lo admitiese en el monasterio, pues se hallaba resuelto á separarse de su vida criminal. Este buen anciano empezó por darle un consejo: le vistió el santo hábito de solitario, y lo ocultó en su monasterio. Algún tiempo despues le dijo: « Creedme, hijo mio, no debeis continuar aquí: porque si llega á conocimiento del príncipe, os prenderá, y os mandará decapitar. Venid, pues, conmigo, y os llevaré al monasterio del abad Doroteo, que está en Gaza y Majuma. » Allí permaneció efectivamente nueve años, y aprendió el salterio y todo lo concerniente á la vida religiosa.

Al cabo de este tiempo volvió al abad Zozimo, y le dijo: « Os ruego, Padre mio, que me permitais dejar este hábito, y sustituirlo por el que tenia cuando vine. » Afligido el santo varón por estas palabras, le preguntó la causa de semejante mudanza. He pasado, le respondió, nueve años con grande reposo en el monasterio á que os habeis dignado enviarme, ayunando cuanto me ha sido posible, viviendo en la continencia, en la obediencia y en el temor de Dios, lo que me hace esperar que se me han perdonado muchos pecados; sin embargo, ya esté dormido, ya despierto, ya me halle en la Iglesia ó en la mesa, ya me acerque á comulgar, veo incesantemente á un niño que no me deja momento de reposo, y que á todas horas me dice: ¿ Porque has manchado tus manos con mi sangre? Quiero, pues, expiar con mi muerte un crimen tan grande. » Dichas estas palabras, tomó sus antiguos vestidos, y emprendió el camino de Dióspolis, en donde fué reconocido, y decapitado al día siguiente.

Juán Mosch nos enseña el origen del monasterio de Sapsas con motivo de la aparición de san Juan Bautista á un religioso, llamado también Juan. Había éste envejecido en el monasterio de Eustorgio, de que le había nombrado abad el bienaventurado Elías, patriarca de Jerusalem. El humilde anciano se resistió con todas sus fuerzas, y rogó al patriarca que le permitiese emprender la peregrinación al monte Sinai. Concedióle su autorización, pero á condición de que á su regreso se encargaria del régimen del monasterio. Pero Dios dispuso las cosas de otra manera.

Juán cayó enfermo en el camino, é imposibilitándole la fiebre continuar su viaje, se vió obligado á detenerse con el discípulo que le acompañaba, y á refugiarse en una caverna de un lugar llamado Sapsas. Habiéndose quedado dormido, se le apareció en sueños un personaje que le preguntó á donde quería ir, y como dijese que al Sinai, le replicó: « No vayais : permaneced aquí. » A pesar de esto, quiso Juan continuar su camino ; pero aumentando la fiebre, tuvo que prescindir, aunque con grande aflixión, de su propósito. A la noche siguiente se le apareció el mismo personaje, y despues de consolarle, insistió en que permaneciese en aquel lugar. Diósele á conocer, diciéndole que era san Juan Bantista, y añadió que aquella caverna, aunque pequeña, era mucho más grande que el monte Sinai, porque Jesucristo la había honrado frecuentemente con su presencia, cuando tuvo la dicha de verle en el desierto. Juan se encontró, al despertar, enteramente curado por la virtud del santo Precursor. Se estableció, pues, en aquel lugar ; convirtió la caverna en Iglesia, y edificó un monasterio, en que se reunieron muchos religiosos.

El de Chozeba tuvo por fundador á otro Juan, que pertenecía á una de las más ilustres familias de Thébas, capital de la Tebaida. Habiendo abrazado este excelente abad la

vida solitaria fué á visitar los santos lugares de Jerusalem ; más como se hubiese dejado seducir por los enemigos del concilio de Calcedonia, fué avisado en sueños, que aquellos que se uniesen á los enemigos de la Iglesia, se hacian indignos de ver la santa Cruz. Esta advertencia, que era una gracia especial de Dios, le hizo volver á la comunión de los católicos. Fué en seguida á visitar la santa Cruz, y regresó á su monasterio. Pero algún tiempo despues salió de él, para retirarse á un desierto, llamado Chozeba, entre Jerusalem y Jericó, en donde el hueco de una cueva le sirvió de celda, alimentándose con frutos silvestres.

Era su intención llevar allí una vida oculta ; pero los milagros que, por caridad para con el prójimo, tuvo que hacer, le dieron á conocer, y por este medio se le unieron muchos discípulos. Su monasterio se hizo muy célebre, y era admirable la manera con que estaba construido ; pues no lo había edificado colocando piedras sobre piedras, sino perforando la roca, en la cual hizo una iglesia, algunas celdas y el cementerio. Era, por lo tanto, una morada muy incómoda á causa de los excesivos calores del estío ; pero los soportaban de buena gana los religiosos, con tal de verse solos y aislados del mundo.

Habia en este desierto un solitario llamado Ananías, á quien llevaron al hijo de un hombre rico, poseido del demonio, para que lo librase con sus oraciones. El humilde Ananías lo envió á Juan diciendo que podría obtener más fácilmente su curación : puesto que tenía méritos en la presencia de Dios. Juan, que no le cedía en virtud ni en dones sobrenaturales, encontró medios de practicar á un mismo tiempo la humildad y la caridad, diciendo al demonio que se había apoderado del cuerpo de este niño. « In- » mundo espíritu, no soy yo, sino Ananías, siervo de Dios, el » que te manda en nombre de Jesucristo, que salgas del » cuerpo de este niño. » Tan imperioso mandato obligó al

demonio á retirarse, y el niño quedó sano en aquel mismo momento.

Recibió el órden sacerdotal, y refiere Juan Mosch haber oído de boca del abad Gregorio, que, cuando consagraba, sentia sensiblemente la asistencia del Espíritu Santo en éste acto terrible. Habiéndose extendido muy léjos su reputación, fué elevado á la cátedra episcopal de Cesarea, en la cual se mostró como uno de los más celosos defensores del concilio de Calcedonia. Se puso á la cabeza de san Sabas y de otros enviados que le acompañaban, cuando Juan, Patriarca de Jerusalem, les envió á Cesarea y á Escitópolis, para que publicasen las letras del Emperador relativas á los cuatro concilios generales.

El historiador Evagrio habla de otro milagro, que hizo siendo obispo, y que nos dá á conocer el mérito de otro solitario, llamado Zozimo de Sinden, que fué amigo particular suyo. La esposa de uno de los principales habitantes de Cesarea, llamado Arcésilas, tuvo la desgracia de perder un ojo, á causa de haberse metido por él un huso. San Juan de Chozeba fué á verla, y dijo al cirujano que le pusiese el ojo en su sitio: que se lo cubriese con una esponja, y lo vendase, quedando inmediatamente curada con esta sencilla operación, que no podia producir naturalmente este resultado tan maravilloso. Miéntras esto ocurría, se hallaba Arcésilas en Sinden, en el monasterio del abad Zozimo, y en el acto, y ántes de que san Juan obrase la curación milagrosa, le mandaron un correo especial, participándole la infausta noticia.

Tan luego como la supo Arcésilas, prorrumpe en gritos y exclamaciones, derramando un torrente de lágrimas. Zozimo, con quién acababa de hablar, recurrió á la oración, implorando con fé viva la misericordia del Señor. Dios le reveló la curación milagrosa de esta mujer, y la manera con que se habia realizado. Así es que, volviendo

á donde estaba Arcésilas, le dijo con aire gozoso y modesta sonrisa. « Id á vuestra casa, y estad tranquilo: Dios » ha curado á vuestra esposa por las oraciones de Juan » de Chozeba: el ojo que habia perdido, lo ha recuperado, y está tan sano como el otro. » Se observó, dice Evagrio, que en el mismo momento en que Dios operó esta curación milagrosa por el ministerio de san Juan, la reveló á Zozimo, aún cuando hay más de veinte leguas desde Sinden á Cesarea.

El bienaventurado Juan no quiso morir en su silla; el amor de la soledad pudo más en su corazón que el esplendor de la dignidad episcopal. No volvió, sin embargo, á su desierto de Chozeba: pues se dice, que, habiendo oído hablar de un solitario, llamado Marciano, que vivia oculto en el mismo país, y deseando verle, le llevó un ángel á su celda.

Fácil es deducir de la revelación que se hizo al abad Zozimo, cuán agradable debia ser al Señor. Así es que Evagrio habla de él con grande encomio. Era natural de Sinden, aldea de la Fenicia, á una legua de Tiro, y profesó la vida monástica cerca de esta misma aldea. Se hizo célebre no sólomente por la austeridad de su penitencia y por otras virtudes religiosas en que se distinguió, sino también por el don de milagros y profecias con que Dios le favoreció. Además de la prueba que ya hemos dado, dice Evagrio, que, habiendo venido á Cesarea, y encontrándose en la casa de Arcésilas, de quién ya hemos hablado, se vió de pronto inmutarse su rostro. Empezó á gemir, á lamentarse, á dar suspiros y á derramar lágrimas: se postró en tierra, é imploró la misericordia divina con una compunción extraordinaria. Espantado Arcésilas, le preguntó cual era la causa de su aflión, y le respondió que acababa de oír el ruido de un temblor de tierra, que habia destruido la ciudad de Antioquía. Todos los

que estaban presentes anotaron el día y la hora, y pasados algunos días, supieron que se había realizado el terrible fenómeno.

Refiere también Evagrio, que caminando un día á Cesarea, le salió al encuentro un león que devoró el asno que le servía de bagaje. Lejós de asustarse Zozimo, le dijo con aire gozoso: « Amigo mio, soy muy viejo para » llevar la carga que conducía este asno; así pues, ha- » biéndome privado de él, os condeno á que hagais sus » veces. » Entónces el león, deponiendo su ferocidad, se aproximó á él, y se dejó cargar, conduciéndole hasta las puertas de Cesarea, de donde fué despedido al desierto. San Zozimo y san Juan de Chozeba florecieron en la época del emperador Justino.

Dice Juan Mosch haber oído de los ancianos del monasterio de Chozeba, que un solitario de este desierto había llenado de edificación todo aquel país con actos continuos de una caridad heroica. Cuando estaba en su aldea, se levantaba de noche y cultivaba los campos de aquellos que sabía no tener recursos para ello, y esto lo hacía tan secretamente, que no lo conocían los dueños de los campos. Habiendo abrazado despues la vida monástica, se iba al camino de Jerusalem para hacer bién á los que pasaban. Daba pan y agua á los necesitados: se despojaba de sus vestidos para darlos á los pobres: llevaba gratuitamente las cargas de los que iban ó volvían de Jericó: llevaba sobre sus espaldas á los niños fatigados del camino: remendaba el calzado á los que lo tenían roto ó muy usado, y daba sepultura á los muertos. No había, por último, oficio de caridad, por trabajoso y humillante que fuese, que no prestase á su prójimo, perseverando en este ejercicio hasta la más avanzada vejez, y sufriendo gozoso por amor á Jesucristo unos trabajos superiores á las fuerzas de su naturaleza.

### JUAN EL SABAITA <sup>1</sup>

San Juan Clímaco, en su *escala espiritual*, propone á Juan el Sabaita como un excelente modelo de paciencia, de obediencia y de todas las virtudes religiosas. Parece haber sido natural del Asia Menor, y abrazó la vida religiosa en un monasterio bajo la disciplina de un director muy dulce, apacible y moderado. Pero como viese que este anciano le trataba con tanta condescendencia, que nada le reprendía, temió que le fuese perjudicial semejante conducta, y se propuso buscar en otra parte un padre espiritual ménos indulgente. Le pidió, pues, su autorización, en la seguridad de obtenerla; pues aquel anciano tenía otro discípulo.

Con una carta de recomendación, que le dió para un monasterio del Ponto, fué admitido sin ninguna dificultad. La primera noche que pasó en él, vió en sueños á unos personajes que le pédian una cantidad considerable que debía, y que, despues de un exámen muy rigoso, le hicieron comprender que ascendía á cien libras de oro, Facilmente conoció, al despestar, que aquel sueño misterioso tenía por objeto advertirle que era muy deudor á la justicia divina, y considerando que debía enjugar esta deuda con obras de paciencia y de penitencia, se dijo á sí mismo: » ¡ Pobre Juan! es, por desgracia, muy cierto » que tienes que pagar muchas deudas. »

Con este designio, permaneció tres años en este monasterio, obedeciendo ciegamente en todo lo que se le man-

<sup>1</sup> San Juan Clímaco, *Vit.* PP.